

De nuevo 'España en su historia'

JUAN BENET

En 1948 la editorial Losada de Buenos Aires publicó *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, de Américo Castro. El libro, poco menos que vendido en España en aquel entonces como un artículo prohibido, produjo una enorme conmoción y se agotó muy pronto, mucho antes de provocar la larga (y no estéril, ciertamente) polémica que trajo consigo. Recuerdo que el ejemplar que tuve entre mis manos había pasado antes por las de tres amigos, y tan sólo se me concedió una semana para leerlo, a fin de despacharlo a un cuarto que vivía en París. Américo Castro no se decidió nunca a publicarlo de nuevo y prefirió aprovecharlo para una nueva obra, *La realidad histórica de España*, de 1954, que, junto con la obra capital de Claudio Sánchez Albornoz, aparecida en 1956, constituiría uno de los polos de la polémica. Tan sólo en 1983, en la colección Lecturas de Filología, y gracias a la oportuna iniciativa de Carmen Castro y Francisco Rico, *España en su historia* ha sido de nuevo editado sin la menor modificación.

Por aquellos años cuarenta estaba de moda teorizar sobre España desde un punto de vista en-

sayístico, y siempre haciendo uso de generalizaciones que permitirían abordar *los males de la patria* sin tocar —o sólo con la mano izquierda— las enfermedades políticas de aquel momento. Se trataba de retomar el hilo dejado por Ortega en su *España invertida* para construir una teoría histórica que permitiese explicar lo inexplicable —la guerra civil— y remitir sus causas a una enfermedad constitucional de la criatura. Siempre hubo en nuestro país un investigador capaz de interpretar la historia de España como consecuencia de la carencia de un elemento vital, imprescindible para su unidad y progreso, y así Ortega, en su osadía, no vacilaría en señalar a la mala calidad de la sangre de los godos que nos tocaron en suerte como causante de gran número de nuestros males, y si se prescindía de un elemento genético, el origen del mal se buscaría en una de tantas inhibiciones que determinarían un carácter o una natura-

leza defectuosos. Para unos, el mal tendría su origen en la debilidad del feudalismo castellano-aragonés; otro optará por la falta de un verdadero Renacimiento; aquél se inclinará, sin lugar a dudas, por la ausencia de un movimiento reformista; después vendrán la carencia de una Ilustración, de una revolución industrial, de un compromiso europeo, y así hasta llegar a nuestros días. Si se tomaran juntas todas esas doctrinas interpretativas cabría concluir que la desgraciada historia española se debe a que en nuestro país no hubo una revitalización gótica, ni feudalismo, ni Renacimiento, ni reforma, ni Ilustración, ni revolución industrial, ni compromiso con Europa. ¿Qué hubo entonces? Al parecer nada bueno.

No podía estar ajeno Américo Castro, ni por su formación ni por sus inquietudes, a la tentación de escribir una historia interpretativa de su país. Pero la clave —revolucionaria, si se la

compara con la de sus colegas— de su interpretación no será una carencia, sino una sustancia, y su investigación no se dirigirá sino al sujeto de la historia; no hacia aquello que hipotéticamente le falta, sino hacia lo que es fehacientemente probado por la historia literaria. En una casi imperceptible nota a pie de página (en la 300 de la edición de 1983) confiesa Castro que "este mismo libro —un modesto e incipiente ensayo de intelección de la historia hispánica— habría sido imposible sin la filosofía del tiempo actual. Si interrogamos a España tomando puntos de vista meramente racionales o positivistas no conseguiremos casi nada, porque no son éstas las herramientas que demanda tan singular ingeniería. Todos, más o menos, le estábamos pidiendo a España lo que no poseía, y la juzgábamos por lo que no era, lo cual desordena e irrita la mente, sin conseguir mayores eficacias".

Supongo que con la "filosofía

del tiempo actual", Castro estaba haciendo una tácita referencia al saber de su época, y no sólo al filosófico, sino también al conocimiento histórico de España, del que supo hacer uso con mejor aprovechamiento que muchos de sus colegas y contemporáneos; no en balde tenía en su haber los numerosos estudios medievalistas, arabistas, renacentistas, erasmistas, etcétera, que, iniciados a principios de siglo, vendrán a cambiar muchos de esos prejuicios que han coloreado una historia "vaga y oficial", que han alterado de manera puntual y local la visión tradicional de nuestro pasado y que, en lo sucesivo, serán los principales obstáculos para esos ensayos hermenéuticos de corte carencial. "Hora sería", dice más adelante (página 412), "de ordenar nuestros juicios sobre la literatura española de acuerdo con su auténtica realidad y de devolver a la historia integral de Hispania lo que integralmente le pertenece".

Creo que está de más, por muy conocida y poco menos que explícita en el subtítulo de la obra, detenerse en su idea central, y que será el principal motivo pro-

Pasa a la página 12

7 de junio de 1980

Los cuadernos de Velintonia

Arniches, los Quintero y Ramón

JOSÉ LUIS CANO

En Velintonia. Hablamos de Bergamín, por quien Aleixandre no siente mucha simpatía desde que leyó un artículo suyo en *Sábado Gráfico*, en el que atacaba injustamente a Dámaso Alonso, ataque que hizo luego extensivo a toda la generación. Vicente le admira como ensayista, pero no le estima como poeta. De Bergamín pasamos a Arniches, que era su suegro. Me cuenta que gracias a Bergamín, cuya situación en la zona republicana durante la guerra era muy sólida, Arniches pudo obtener pasaporte para salir de España al comienzo de la guerra y marchar a Buenos Aires. "Recuerdo", me dice, "lo mal que me parecieron sus declaraciones a un periódico bonaerense, en las que atacaba a los gobernantes republicanos, a uno de los cuales, por cierto, Manuel Azaña, debía el haber podido salir del país". Le pregunto si conoció a Arniches, y me dice que no, porque Arniches no tenía ninguna relación con los jóvenes poetas y no estimaba nada a la literatura joven de entonces: "Vivía algo aislado, en el

mundo de sus sainetes madrileños, que a mí, sin embargo, y a Federico nos gustaban mucho. Recuerdo la impresión que nos causaron algunos de ellos, como también los artículos de Ramon Pérez de Ayala elogiando las obras de Arniches mientras ponía verde a Benavente. Arniches logró una gran fama con sus sainetes y sus piezas dramáticas, y ganó una fortuna con ellas".

De Arniches pasamos —y va de teatro— a los hermanos Quintero. Le recuerdo el artículo de Cernuda elogiando sus comedias andaluzas. "Estoy de acuerdo", me dice, "con ese elogio de Cernuda, aunque había que recordar aquello de Unamuno: '¿Contra quién va ese elogio?'. Pero hay que reconocer que en este caso Cernuda tenía razón, pues algunas de esas comedias

de los Quintero —*El patio*, por ejemplo— son deliciosas. Lo malo es cuando los Quintero se ponían a hacer comedias dramáticas, porque entonces desbaraban". Le recuerdo que Antonio Machado no tenía buena opinión de las comedias de los Quintero. Él mismo dice en alguna parte que una vez un amigo suyo le aconsejó que si quería saber lo que era Andalucía tenía que ir a ver las comedias de los Quintero. Atendiendo a la sugerencia de su amigo, don Antonio fue a ver una de ellas, y al salir le dijo a su amigo: "Pues si eso es Andalucía, prefiero Soria". "Antonio Machado", comenta Vicente, "era un poeta hondo y grave, y la Andalucía jovial y alegre de los Quintero no podía gustarle. En cambio, seguro que aquellas comedias le gustaban a su hermano

Manuel, más identificado, quizá por haber vivido más años en Sevilla, con aquella Andalucía zalamera y chispeante. A mí personalmente, una comedia como *El patio* me parece más fresca y verdadera que todo el teatro de los Machado, que me gusta bien poco, y no está a la altura del gran poeta que es don Antonio. Por cierto, que veo ahora a los jóvenes muy desdefiosos con la poesía de Antonio Machado. Le encuentran provinciano y castellanista en exceso, olvidando al gran poeta simbolista de *Soledades*. *Galerías*, y de no pocos poemas de *Campo de Castilla* —y no me refiero a los castellanistas—, sin olvidar que también es el autor de unos cuantos sonetos admirables, entre los más hermosos de la poesía española. Antes, en los primeros 30 años de la

posguerra, era Juan Ramón el injustamente olvidado. Ahora Juan Ramón está en alza, y me parece muy justo, pero sin que por ello debamos desdeñar a Machado".

Hablamos de los últimos premios literarios: "Es una lástima", comenta Vicente, "que el Premio Nacional de Poesía no haya sido para Antonio Colinas, pues su libro *Astrolabio*, que tú has comentado en *Ínsula*, era el mejor de los publicados en el año. Es absurdo que el jurado le pusiera pegas reglamentarias y *Astrolabio* no llegara a entrar en las votaciones". Le pregunto sobre Onetti, para quien ha sido el Premio Cervantes. "Lo he leído poco", me dice, "pero sin duda es un gran novelista. Lo que no me ha gustado es su respuesta a un periodista que le preguntó qué representaba para él el Premio Cervantes. La respuesta de Onetti fue: 'Diez millones de pesetas'. Los 10 millones están muy bien, pero el Premio Cervantes es algo más que eso. Al menos para mí el Nobel fue bastante más que un premio económico. Significó que mi

Pasa a la página 12

De nuevo 'España en su historia'

Viene de la página 11

vocador de la polémica: resulta poco menos que imposible entender la historia de la literatura española si no se comprende la triple interacción de las tres comunidades étnicas y religiosas que forman su sociedad cuando esa literatura adopta los géneros y estilos que le serán propios. Por así decirlo, la polémica se levantará más entre dos disciplinas que entre dos autores; no será tanto Castro *versus* Sánchez Albornoz cuanto literatura *versus* historiografía, cuanto documento elaborado *versus* documento de primera mano, cada uno de ellos considerado como el representante más genuino y elocuente del enigma histórico que lo produce, y que, a través de él, deberá ser esclarecido.

Casi a los 40 años de publicado el libro creo que lo que menos importa es su tesis, si se puede hablar de una tesis. A medida que ésta se apoya y subdivide en subtesis, y éstas se ramifican y hacen referencia a ejemplos concretos, analogías e influencias, a ciertos sorprendentes paralelismos y tradiciones que se repiten desde un origen legendario hasta una frase moderna, la lectura se hace más interesante cualquiera que sea el objetivo al que apunte. Al lector de 1985 no le importará mucho una interpretación más de la historia española, pero no podrá pasar por alto cualquiera de los hallazgos en que se fundamentó. Casi 50 páginas del libro están dedicadas a la relación entre el *Libro del buen amor* y el *Tawq al Hamama*, de Ibn Hazm

(*El collar de la paloma*, que Castro conocía por su traducción inglesa), y con la que desmonta la teoría de una literatura española románica, de origen cristiano, emparentada exclusivamente con su homóloga europea. La conclusión es una y tan simple que se puede resumir en un par de líneas, pero las vías para llegar a ella, los pasajes en que se detiene y las consideraciones que le merecen hacen de *España en su historia* una obra sin par entre los estudios de nuestra literatura. De pasada dice Castro, al emparentar la ambigüedad de Cervantes con la del Arcipreste, que "el estilo [el de Cervantes] se articula en torno al verbo *parecer*", una afirmación que por sí sola basta para llenar una vida dedicada al Quijote. Dentro de esa línea,

para mí su mejor hallazgo es el del "estilo centáurico", cuya línea se puede seguir desde el *Cantar* hasta el Quijote, y que distinguirá al primero de la *Chanson* y al segundo de todos los Amadís y Tirant, y magistralmente desprendido de ese asombroso sombrero de Féliz Muñoz (páginas 253 y 294), "que de Valencia sacó", ese detalle —inadvertido para el lector que no sea conducido de la mano de Castro— donde el mito intemporal adquiere carácter propio y enlaza centáuricamente con la creación personal.

Sospecho que las interpretaciones históricas —y sobre todo las escritas en clave de carencia— salen a la luz tan sólo en épocas de malestar político; responden a la pregunta del médico que para trazar el cuadro clínico de su paciente se interesa por las enfermedades que ha padecido.

A nadie cuando está sano le importa su sarampión. Por eso esa hermenéutica suele ser más indicativa del estado actual de la salud del paciente que reveladora de su pasado, y es muy posible que Ortega, en su fuero interno, se doliese de una carencia en sus venas de buena sangre germana. No me imagino a un joven investigador con buena salud que intente hoy resucitar *el problema de España* sin caer en el ridículo. La interpretación histórica —reñida a fondo con la monografía— suele caer en la caricatura, y toda síntesis —sea mágica o lúdica— es como poco una ligereza, muy propia de apresurados, postizos, insolentes y descontentos. Otra cosa muy distinta es intentar un nuevo ensayo sobre el inquieto e insondable espíritu de Cervantes o del Arcipreste, sobre todo si se lleva de la mano de un Américo Castro.

Arniches, los Quintero y Ramón

Viene de la página 11

voz fue oída en muchas partes, aun las más lejanas, del mundo. Logré lo que siempre quise: que llegaran mis poemas a miles de corazones que antes los ignoraban".

Pasamos a un tema muy actual: el proyecto de divorcio que va a presentar el Gobierno. Pienso Vicente que la corriente antidivorcista del sector democristiano de UCD, influido por la Iglesia y el papa Wojtyla, cuya posición reaccionaria contra el divorcio y el aborto es lamentable, ha sido espolada por los obispos españoles. "Hasta Tarancón, que ha tenido siempre una posición progresista dentro de la Iglesia, ahora se ha contagiado de la actitud reaccionaria del Papa polaco".

Vuelve a decirme que está muy

contento con el libro colectivo de ensayos críticos que hice sobre él, y que ha publicado Taurus en la colección El Escritor y la Crítica. Le recuerdo la semblanza suya que hizo Ramón Gómez de la Serna en su libro de retratos literarios, y que olvidé incluirla en mi libro. "Hiciste bien", me dice, "en no incluirla, pues la semblanza era muy floja. Ramón conocía muy poco de mi obra, quizá sólo la selección que hizo Gerardo de mis poemas en su famosa antología. Y menos sabía de mi vida, por lo que tuvo que inventarse mi retrato de cabo a rabo, como se había inventado también el de Lautreamont, que va al frente de la traducción de sus *Cantos de Maldoror*, hecha por su hermano Julio, libro que influyó en mí, por cierto. Sin embargo, cuando publicó el retrato

se lo agradecí, pues estaba hecho con buena intención, cosa que no se podía decir siempre de los retratos literarios de Juan Ramón. Yo he admirado siempre a Ramón y le he creído un escritor de genio. Su obra, tan rica e imaginativa, influyó en nuestra generación, como bien demostró Cernuda en un ensayo en que le hace entera justicia. En España, a partir de la guerra, se ha sido injusto con Ramón. En la posguerra se le ignoró totalmente. Él, desde su exilio bonaerense, añoraba a España y se hubiera venido a vivir de buena gana a Madrid, su pueblo, al que adoraba. Pero Luisita, su mujer, que era argentina, se negó siempre a ello. El viaje que hizo Ramón a Madrid en pleno franquismo fue preparado y manipulado por el Ministerio de Información, con visita al Pardo in-

cluida y sumisa reverencia a Franco, con lo cual el descrédito en el que cayó el pobre Ramón a los ojos de casi toda la intelectualidad antifranquista acabó con él. Se ignoró, salvo excepciones, su obra extraordinaria y se intentó sepultarla bajo paletadas de tierra. Menos mal que ahora parece renacer de sus cenizas y comienza a interesar a los jóvenes, al descubrir su batalla por la vanguardia y su simpatía por el surrealismo. Ven en él a un precursor de la literatura de imaginación, lo que es enteramente justo". Le pregunto si recuerda el retrato que hizo Ramón de Juan Ramón Jiménez. "Sí", me dice, "de él quedó la famosa frase 'es un gran poeta cursi', que Juan Ramón no le perdonó nunca".

6 de diciembre

En Velintonia. Hablamos de Azaña con motivo del ciclo de

conferencias en que han intervenido Marichal, Ayala y Ángel Latorre, y me dice que siempre admiró a Azaña como escritor y le respetó como político: "Siento no haber podido ver representada *La velada de Benicarló*. Estoy deseando recuperar más vista para ir a verla. Tengo ganas también de leer las *Memorias*, quizá su obra maestra por lo que me dicen. Veo a Azaña como un gran desengañado. Y ese desengaño doloroso de la España que soñó es lo que le llevó a esa meditación amarga que reflejan sus últimas obras, sobre todo *La velada*. Por eso me alegra el justo y necesario rescate que hoy se intenta de ese gran escritor, ignorado durante tantos años por los jóvenes. Creo firmemente que Azaña acabará convirtiéndose en un clásico de nuestras letras, tan lúcido, dentro de esa corriente del desengaño español, como un Jovellanos o un Larra".

Viene de la página 11

títulos populares, de rotación muy rápida, y encareciendo, por lo mismo, los libros con contenidos más permanentes.

En resumen, la certeza en el precio, la variedad y riqueza de la oferta, el fácil acceso a los libros y a la información bibliográfica recomienda para el libro el firme mantenimiento del sistema del precio fijo.— Federico Ibáñez Soler. Editor y miembro del Grupo de Editores de Libros de la CEE y

Arrabal y el ajedrez

Animado por el muy honorable propósito de defender la categoría ajedrecística de Arrabal, el señor Antonio Benet ha incurrido, en reciente carta del 15 de marzo, en el nada honroso procedimiento de intentar descalificar a Antonio Gude, detractor del escritor.

Al cabo de su lectura —elogios a Arrabal aparte— resulta que el señor Gude es proclive al fascismo, impostor, inventor e ignorante



referencia al congreso del SPD ale-

quiera; en concreto, de los partidos socialistas donde el cambio estructural socioeconómico ni siquiera se plantea o, si se hace, es, con escasa convicción, muy a largo plazo (tanto que se vuelve inexistente) o sin tener una idea aproximada del sentido que habrá que dar al mismo. Aunque el proceso sea similar al europeo, el PSOE lo ha vivido en un período de tiempo mucho más breve y que podríamos situar entre 1976 (primer congreso en España tras la muerte de Fran-

accionista con una suscripción de 30.000 pesetas, que más tarde fui aumentando con distintas cantidades, llegando a una cifra de 1.712 acciones. Después de 15 años, y sin ninguna notificación, he tenido conocimiento de que han asignado al Banco Meridional como depositario de la gestión de dicho fondo de inversiones. Con fecha 17 de abril de 1978, la Dirección General de Política Financiera suspendió la cotización y el reembolso de las participaciones del fondo Ges-